

iniciarse en una escuela filosófica. Y ya se sabe lo que dice Romanones, que «de la madera de los "intelectuales", salen escasos políticos. De la de los filósofos, ninguno».

Don Enrique Bosch era un gran excéptico de la política pero por haberla vivido de alto bordo al lado de su padre conocía sus intrínquilis y pudo tener la satisfacción de armonizar las tendencias locales y formar aquella conjunción administrativa que hizo el alcantarillado y cuidó de sus obras públicas como nunca con el celo, la perseverancia y el interés de Pedro Escudero, siendo disuelta precozmente por el palo de ciego de la dictadura.

Antonio López es el caso mas notable de señoritismo habido en Alcázar, es decir, de presunción vana, insustancial e inútil, hijo único, como los otros de su clase, que parecían venidos al mundo con el fin de dispersar las riquezas que generosamente llegaban a sus manos, dándose tanta prisa que varios pudieron saborear los rigores de la escasez y éste hasta redimirse con las virtudes del trabajo que antes desdeñó. Y el que sucediera así es una cosa que sorprende por su frecuencia en Alcázar y denota las cualidades del cariño paterno en todos los niveles sociales, pues Juan José era un hombre trabajador, chapado a la antigua, con aquella afabilidad e integridad del viejo comerciante de tejidos, casado además con la hija de Benitillo Pérez que era la meticulosidad misma, pero sin embargo, la sobra de medios, rara vez conveniente, al contrario de la necesidad que siempre beneficia, la ternura y la condescendencia, indisciplinaaron al hijo, como siempre y como siempre también, para su propio mal y tristeza de los padres.

La vida pública alcazareña del último tercio del siglo pasado dejó un solo nombre integral, Castillo. Y tres nombres populares el primer tercio del siglo actual, Estrella, el Perrete y Pedro Arias, cada uno con sus condiciones particulares, aunque ninguno diera de sí lo que llevaba dentro por las circunstancias de la vida, pero los tres nativos, los tres moñigones y los tres carrasqueños como el vino de la tierra cuando sale bueno.

— — — — —

Empezó el siglo con un alcalde extraordinario, cordial, expansivo y generoso, Don Miguel Henríquez de Luna, el andaluz, lúcido, como el cielo de su tierra y como ella pastueño y sosegado, inactuante, suplido siempre por Antonio Serrano, acompañado de José Forner, el boticario, Luis Carbayo, el tío Medior, Juan Antonio Córdoba, Candea-les, Marcelo Vaquero, el padre de Lucio, León y Vicente, Ezequiel Ortega, el padre de Emiliete, Felipe Alvarez Arenas, Andrés Cárdenas y Leonardo Castellanos, Isidoro López y Antonio Campo, tres zapateros notables del eminente gremio de los zapateros alcazareños de sobra conocidos como hombres cabales de los muchos que ha tenido el lugar. Y yo la suerte de andar entre ellos desde la infancia.

No digamos que era el franco amanecer, pero sí el alborear de la luz eléctrica en Alcázar, después de los balbuceos de Castillo que ya constan en fascículos anteriores. Si en las épocas posteriores se ha luchado tanto con las irregularidades de los suministros, calcúlese lo